Origen e historia del Programa de Filosofía para Niños

Isolda Núñez C.
Universidad de Chile

"Lipman es una especie de fundador contemporáneo de la filosofía con niños. Es cierto que en la historia muchos filósofos se interesaron en la infancia y algunos hasta llegaron a proponer la filosofía en la educación de los niños. Pero si sacamos algún caso aislado como el propio Sócrates de los primeros diálogos de Platón, Lipman es quien por primera vez lleva concretamente la filosofía al lugar oficial que hoy tenemos para educar a los niños, la escuela. Pensá que Lipman escribió sus primeros textos e hizo sus primeras experiencias a fines de los años 60, en Estados Unidos, en un contexto educacional bastante indiferente a la filosofía y en un par de décadas desarrolló un complejo programa que abarca desde el jardín de infantes a la escuela media y que ha sido publicado y practicado en muchos países. Con Lipman aprendí muchas cosas, algunas ya forman parte de mi manera de relacionarme con la filosofía y con la infancia, desde la propia idea de que valía la pena apostar fuerte en esa reunión. Pero también tengo distancias profundas, tanto teóricas cuanto metodológicas y prácticas. […] Muchas veces, la necesidad de diferenciarse de Lipman es también una necesidad de diferenciarse de lo que a veces se hace en su nombre, usar a la filosofía como estrategia de *marketing* o de una catequesis más refinada y encubierta."[1]

Así versa parte de la entrevista que se le realizó hace un par de años a Walter Kohan, uno de los filósofos más destacados y activos en estas últimas décadas en América Latina que trabaja en esta relación 'nueva' (o sorprendente que suele ser) entre filosofía e infancia. Partir así, es la opción buscada de querer dar cuenta del origen programático e históricamente situado de la filosofía para niños que creara en 1968 Matthew Lipman, pero a la vez

[1] Entrevista a Walter Kohan realizada por Natalia Páez del Suplemento Cultural Ñ del diario *Clarín*, Buenos Aires, julio de 2006.

decir desde el comienzo que ésta no es la única manera de darse ni entenderse la relación entre filosofía, infancia y educación.

La explicación del origen del Programa Escolar de Filosofía para niños se encuentra en experiencias vividas por Matthew Lipman a lo largo de su carrera académica, dictando cursos de Lógica y Filosofía Antigua. Allí va constatando año tras año la baja calidad de la capacidad argumentativa y del desarrollo del pensamiento lógico de sus estudiantes, lo que le hace plantearse la posible necesidad de efectuar intervenciones de carácter pedagógico en los estudiantes de los últimos años de escolaridad. El otro factor que se conjuga, y por el cual finalmente se materializa el proyecto mediante la construcción de la primera novela filosófica del programa llamada *Harry Stottlemeir's Discovery* (*El descubrimiento de Ari Stoteles*), es la experiencia familiar directa con un hijo que presentaba dificultades de aprendizaje que la escuela no podía subsanar ni enfrentar[2], al menos no satisfactoriamente para Lipman. De este modo, emprende el desafío de construir una propuesta de estrategias de razonamiento sencillas que les permitiera a los y las jóvenes aprender a pensar por sí mismos, a desarrollar un pensamiento auto correctivo.

Ese es el momento en el cual Lipman hace un corte definitivo con la tradición filosófica académica más tradicional y configura de manera explícita el acercamiento de la filosofía y la infancia, idea que hasta hoy sigue siendo necesario defender, validar y explicar puesto que, al parecer, sigue generando perplejidad e incomodidad pensar que la filosofía es algo al alcance de niños y niñas.

Para enfatizar la conciencia que tiene Matthew Lipman de la irrupción en la tradición filosófica de la figura de la infancia, presentamos la siguiente la respuesta que diera en una entrevista, luego de cumplirse casi 30 años la creación de su programa: "Depende de lo que se quiera decir con la expresión '¿pueden hacer filosofía?' (...) Me gustaría tomar esa pregunta, en un sentido semejante al de las preguntas de Wittgenstein, asimilándola a la pregunta "¿puede un niño jugar al fútbol?". Por supuesto que un niño puede jugar al

---

[2] Ha de recordarse que es a fines de la década de los 60 y principio de los 70 donde las modificaciones y cambios de la teoría psicológica del aprendizaje están desarrollándose, por lo que no existía la presencia de las intervenciones que hoy conocemos de carácter 'psicológicas' o ' psicopedagógicas' en las escuelas

fútbol, si lo que se quiere preguntar es si el que juega al fútbol puede cumplir sus reglas. No es una cuestión de cuán bueno se es jugando al fútbol, sino de si violan o no las reglas del juego. Aquellos jugadores que no juegan bien, pero que sin embargo juegan, son jugadores. (Pero miremos las reglas de ese juego llamado filosofía). Si usted es relevante, consistente y no auto-contradictorio, si usted está interesado en los conceptos en que los filósofos han estado interesados -como la amistad, u otros equivalentes en importancia-, si usted se sitúa bien respecto de la naturaleza del argumento y de la deliberación; en otras palabras, si usted sigue procedimientos filosóficos, entonces usted parece estar jugando el juego. No sé con qué fundamento se le podría descalificar si hace eso"[3], o como planteara Kohan respecto de la dificultad de definir como filosofía la práctica escolar reflexiva que realizan los niños y las niñas en las sesiones de filosofía con niños/as, "¿sabés de algún matemático que diga que las operaciones que los niños hacen con números no son matemática?"[4]

En Nueva Jersey, donde residía, Lipman buscó ayuda en el distrito escolar para validar la efectividad de su propuesta pedagógica en las aulas. Se eligió, entonces al azar, a cuarenta estudiantes y los dividieron, también al azar, en dos grupos de veinte. Así se organizó el grupo de experimentación, que trabajaría el texto con Lipman, y un grupo de control, a cargo del profesor de ciencias sociales. Lipman planificó dieciocho sesiones con los diecisiete capítulos en los que estaba dividido el texto, uno por semana, distribuyendo el tiempo en veinte minutos para la lectura y veinte para la discusión (hoy trabajamos este texto durante dos años).

Antes de comenzar la tarea, se realizó con los alumnos el test de California para determinar la madurez mental. Aunque en rigor éste no es un test estandarizado (porque no incluye datos específicos), fue utilizado para ver si aparecían diferencias, una vez terminada la experiencia, entre el grupo

---

[3] Lipman, Matthew (entrevista). Filosofía para Niños. Cursos y Conferencias. Segunda Época. Buenos Aires: Centro Argentino de Filosofía para Niños y Universidad de Buenos Aires, agosto de 1997.

[4] Entrevista a Walter Kohan realizada por Natalia Páez del Suplemento Cultural Ñ del diario *Clarín*, Buenos Aires, julio de 2006.

experimental y el grupo de control. El texto determinó que los chicos (pertenecientes a lo que en la Argentina corresponde a un séptimo grado) tenían una madurez mental correspondiente a once años y ocho meses. Cuando se tomó el test nuevamente, después de algo más de cuatro meses de trabajo, se descubrió que mientras los chicos del grupo de control mantenían la madurez mental del primer test, los chicos del grupo de experiencia lo habían elevado a trece años y ocho meses. A Lipman le pareció bastante satisfactorio, pero el psicólogo le dijo que sus resultados no significaban nada importante dentro del proceso educativo, por varias razones, por ejemplo, porque al estar Lipman interesado personalmente en el proyecto, no era sorprendente que los resultados fueron positivos. El problema era, entonces, cómo preparar a otros docentes para que trabajaran con el programa y obtuvieron buenos resultados.

Lipman escuchó atentamente la sugerencia que estaba recibiendo: debía capacitar a otros docentes no sólo para evaluar desde una perspectiva amplia los resultados, sino, además, porque era evidente que él no podría hacer solo todo el trabajo; por otra parte, era necesario realizar la experiencia en otras asignaturas. Para evaluar esto último, el psicólogo le dijo a Lipman que las instituciones contaban con herramientas adecuadas, ya que se tomaban evaluaciones al comenzar el curso y al finalizar. Para comenzar se compararon las evaluaciones tomadas en otras asignaturas antes de iniciado el proyecto y las que se tomaron después de su finalización. Se descubrió que el rendimiento de los alumnos que habían participado en la experiencia era significativamente mayor en todas las áreas, con excepción de la ortografía. Lipman preguntó por qué sucedía esto y recibió como respuesta que la ortografía es irracional. Dos años después se valoró nuevamente a ambos grupos: los cambios se mantenían. Cuatro años después se realizó nuevamente la evaluación: los grupos ya no presentaron diferencia cuando se interroga el sicólogo acerca de esto el profesional respondió que sí nos es reforzado el cambio, éste desaparecía. Había que reforzar los cambios año tras año”[5]

---

[5] Accorinti, Stella. *Introducción a filosofía para niños*. Manantial. Buenos Aires. 1999. pp. 20-22

Luego de dicha investigación Lipman y su equipo crean el Instituto para el fomento de filosofía para niños en Montclair State College, New Yersey, que permitirá el desarrollo posterior de todo el programa curricular que va desde la enseñanza preescolar hasta el último año de secundaria del programa de filosofía para niños, reconocido internacionalmente. Como se señalara en la cita anterior uno de los objetivos fundamentales para sostener la propuesta fue y sigue siendo la preparación y capacitación de docentes en la estrategia pedagógica propuesta en el programa. Esto es lo que permitirá su llegada a las salas de clases en distintos rincones del mundo, y así también fue el modo en que el programa llega a Chile y se origina un nuevo comienzo.